

TRANSFERENCIA, ANALISIS DIDACTICO Y POLITICA INSTITUCIONAL

Dr. Alejandro Córdova Córdova

En el proceso psicoanalítico, el fenómeno de la transferencia es primordial y su comprensión y su manejo son decisivos para que el analista y el paciente establezcan una relación objetiva (5).

Originalmente, el fenómeno de la transferencia se consideró como un desplazamiento particular del afecto, de una representación a otra. La presencia casi continua del analista resulta muy adecuada para el desarrollo transferencial y para que cumpla, al mismo tiempo, la función de resistencia.

Freud consideró que este desplazamiento del afecto ocurría de las figuras parentales hacia la figura del analista y, aunque consideró que podían presentarse transferencias de tipo maternal o fraternal, se inclinó a pensar que, en virtud de que el analista era generalmente un hombre, la determinante esencial de la transferencia era la *imago* del padre.

El analista puede representar para el paciente, la figura que pretende traerlo a la conciencia, función que en su infancia fue asumida por el padre.

"Freud suponía, escribe Fromm, la existencia de una identificación particular, a saber: la identificación con la conciencia del padre, con sus órdenes y prohibiciones; y que ésta constituía la base del desarrollo de la conciencia del niño . . . En los casos normales, el complejo de Edipo fortalece el desarrollo masculino e impulsa el desarrollo de la conciencia" (2). Este papel del padre es considerado por Fromm como un hecho histórico de las sociedades patriarcales y, en lugar de proponer una ley del padre, apoyándose en la idea de Johan Jacob Bachofen, propone que se hable de un principio paterno y otro materno, constituidos ambos por una mezcla de las características biológicas de los sexos y el papel que tienen en una formación social específica.

A pesar de que el fenómeno transferencial es abordado esencialmente en relación con el proceso psicoanalítico, muchos analistas, incluyendo al mismo Freud, consideran que no es un fenómeno exclusivo de éste, sino que se presenta en cualquier relación. Por tal motivo, algunos analistas denominan las transferencias extranalíticas como transferencias laterales que pueden ser incluidas y analizadas en las sesiones de análisis.

Una versión interesante de la transferencia en la teoría freudiana es la de que el sujeto tiende a vivir y a actuar una serie de afectos, de sentimientos y comportamientos en relación con el analista, en lugar de que se le presenten como recuerdos. "El enfermo, escribe Freud, no puede acordarse de todo lo que está reprimido en él y no puede recordar, precisamente, lo esen-

cial . . . Más bien se ve obligado a repetir lo reprimido, como experiencia vivida en el presente" (6). Esta descripción, considerada como lo esencial de la transferencia, recuerda más bien un estado psicopatológico caracterizado por una desconexión entre lo actuado y lo pensado, que puede observarse en algunos tipos de relación, pero que constituye un hecho universal de la transferencia y, si se quiere presentar como tal, considero que se debe a que encaja dentro de un modelo teórico que incluye una serie de presupuestos, esencialmente el de la tendencia a la repetición.

A pesar de las diferentes opiniones, la mayoría de los analistas están de acuerdo en que la transferencia es un fenómeno esencial del proceso psicoanalítico, que debe ser analizado profundamente. En los últimos años, este fenómeno ha empezado a estudiarse en el análisis didáctico, en donde presenta una serie de elementos producidos por las características organizativas de la institución en las que se inserta la enseñanza y difusión del psicoanálisis, es decir, en la política de la institución, la que generalmente impregna las relaciones de los analistas, ya sea como maestros o como alumnos. En el análisis didáctico, lo político es generalmente silenciado y transformado en problema de índole personal. La historia de todo grupo psicoanalítico contiene ejemplos de lo que sucede cuando la política institucional se infiltra en el análisis didáctico y, por ingenuidad o por supuesta protección a la institución, ésta es acallada o transformada en conflicto personal.

En la historia del psicoanálisis existen dos casos en los que los elementos políticos relacionados con la enseñanza y difusión del psicoanálisis constituyeron un elemento oculto en la transferencia del análisis didáctico, lo que condujo a resultados trágicos; uno de ellos es el de Víctor Tausk y el otro, el de Honneger.

Si la transferencia en sí es un elemento de manejo delicado en la situación analítica, cuando ésta se da dentro del marco del análisis didáctico, inserto necesariamente en la política psicoanalítica institucional, la situación adquiere características explosivas. Al respecto, y con relación a Freud, quien se encontraba envuelto en esta situación con Tausk, Francoise Roustang comenta: " . . . el fundador del psicoanálisis no siempre pudo o supo dominar el carácter explosivo de su invento, viéndose obligado, como todo analista, a protegerse de él" (8).

No obstante que Roustang aporta una serie de elementos que muestran que la situación transferencial de Freud, Tausk y Helena Deutsch estaba profundamente matizada por las políticas del movimiento psico-

analítico, los pasa por alto y, fiel creyente del destino repetitivo a que nos condena el triángulo edípico, explica el problema en función de éste. Por los datos que aporta Lou Andrea Salome, es claro que Tausk, además de todos los problemas personales que pudiera tener, resultaba una amenaza para el futuro del movimiento. Ejemplo de esto es la carta que Freud escribe a Lou Andrea Salome a la muerte de Tausk: "Debo reconocer que verdaderamente no le echo de menos; hace mucho tiempo que lo consideraba *como inútil e, incluso, como una amenaza para el futuro*" (9). Por la forma en que Lou Andrea Salome describe la relación Freud-Tausk, es evidente que éste amenazaba la autoridad moral-política de Freud en el movimiento. "No hay duda, escribe Lou A. Salome, que Freud está animado por la convicción más sincera cuando toma partido en contra de Tausk. Pero dejando aparte esta actitud —psicoanalítica— (relativa a la actitud neurótica originaria de Tausk), está claro que Freud soporta mal la presencia a su lado, de un espíritu independiente, sobre todo cuando es agresivo y está lleno de un ardor que le pisa los talones y atenta involuntariamente contra su egoísmo de investigador, el más noble, obligándole a dar explicaciones apresuradas, etc. El precio que pueda tener para la causa un espíritu independiente sólo se revelará en el futuro y ello provoca en el presente una serie de luchas, probablemente inevitables" (10).

Roustang describe con sensibilidad dramática la situación de Tausk, que supuestamente se desarrolla al margen de los acontecimientos político-institucionales del movimiento psicoanalítico.

"¿En qué situación se encontraba Tausk, rechazado por Freud y despedido por H. Deutsch? No cabe duda que ésta no era inocente en todo este asunto. Sacrificó a Tausk para mantener o reforzar su vínculo con Freud. Pero Tausk, al aceptar ser analizado por H. Deutsch, se había autosituado en una posición de evitación para que prosiguiera la forma de relación que Freud necesitaba entre él y sus discípulos. Tausk hubiera podido permanecer en Belgrado después de la guerra, donde hubiera podido practicar el psicoanálisis a su gusto y continuar escribiendo y publicando dentro de ese campo. Pero lo que siempre le había apasionado era seguir adelante hasta hacer explotar la máquina maestro-discípulo" (11).

A pesar de los hechos, Roustang propone una explicación acorde, ya no con el edipo concreto, sino con esa estructura metafísica: el tres, que el psicoanálisis, apoyándose en el estructuralismo, ha propuesto como esencial en la constitución del sujeto. Escribe Roustang: "Lou comprendió perfectamente que esta máquina sólo funcionaba sobre el modelo de unicidad. El tres nunca entra en juego si no es para volver al uno. Es el dos el que estorba" (12).

Otro caso trágico del desarrollo de la transferencia en el proceso político institucional del psicoanálisis lo constituyó el caso de Honneger. Roustang comenta que Freud aceptó instruirlo para que fuera útil a los propósitos de Jung y, claro está, a la expansión del movimiento psicoanalítico en Suiza. Al enterarse del suicidio de Honneger, Freud le escribe a Jung: "Echo de menos a Honneger, era muy simpático, estaba claramente dota-

do, poseía una clara comprensión y tenía una personalidad muy atractiva. Contaba en que sería para usted una ayuda inapreciable; usted tampoco habrá sufrido su pérdida sin una fuerte reacción", y añade mostrando su punto de vista: "Su organización parece haberse puesto en contra de todo lo que es de utilidad. Estoy impresionado por lo que hace que consumamos tantas personas". Y añade Roustang: "Estas frases van paralelas, ya que querer que Honneger sea útil dentro del marco definido por Jung y Freud es, realmente, consumirle. Resultó fatal el hecho de que Honneger, incapaz de salir de las manos de estos dos hombres tenaces, pasara su vida revolviéndose contra la utilidad de la que era víctima" (13).

Roustang no ignora todo lo que de política del movimiento psicoanalítico se jugó entre el grupo de Viena y el de Suiza; Freud tuvo que enfrentarse enérgicamente a sus primeros discípulos para convertir en su heredero a Jung, políticamente más conveniente. Sin embargo, Roustang, con una tenacidad que resulta sospechosa, lo olvida y reduce el conflicto a un problema trasferencial del tipo padre-hijo: ¿Cómo podía Honneger soportar el encontrarse situado entre estos dos gigantes, en una posición que repetía en su edad adulta lo que ya había sufrido en su infancia y le había dado la esperanza de salir? Porque después del psicoanálisis no le quedaba ya ninguna esperanza. Volviendo de nuevo al fin de Honneger, algunas semanas más tarde, Jung comenta: "Es una desgracia que hombres como éste, marcados por los dioses, sean tan raros y que, cuando existen, caigan en picada en la locura o en una muerte precoz". Hubiera podido añadir que estos hombres, precisamente porque por su patología se encuentran inextricablemente en medio de las disputas entre padre y abuelo, no tienen otra salida que la locura o el suicidio. Ejemplar destino de los discípulos que no han sabido retirarse a tiempo de las luchas de amor y de odio que suceden entre sus antecesores (14).

Este ejemplo es muy ilustrativo de lo que pasa cuando el analista piensa que todo discurso manifiesto no tiene importancia en sí mismo y es una distorsión del discurso latente, oculto. El discurso político institucional no aparece en el análisis de Roustang ni como manifiesto, ni como latente, simplemente es pasado por alto. Roustang concluye, aparentemente, con una perogrullada: "No existen buenas sociedades del psicoanálisis; con relación al análisis, son todas malas, puesto que mantienen la transferencia que el analista quiere disolver; pero tampoco son totalmente malas, ya que, a fin de cuentas, el análisis no podría transmitirse sin una forma cualquiera de sociedad" (15).

Sin embargo, Roustang apunta una idea sumamente interesante: la imposibilidad de que en el análisis didáctico se resuelva la transferencia. Independientemente de cómo y cuándo deba resolverse, todo analista estará de acuerdo en que la relación trasferencial debe comprenderse y liquidarse y, si esto es imposible en el análisis didáctico, entonces todo intento de organizar la enseñanza del psicoanálisis está condenado al fracaso. Para Roustang es muy claro que existe tal imposibilidad en virtud del tipo de ciencia que es el psicoanálisis, el cual se construye en condiciones muy especiales, en las que la transferencia juega un papel muy importante. Rous-

tang compara la construcción de la teoría psicoanalítica con la de un sistema delirante en el que el maestro tiene un papel primordial, pues es el sujeto quien sabe y garantiza la validez de los conceptos o herramientas teóricas que el analista-discípulo utiliza para captar y entender la realidad psíquica. En esa realidad fluida, contradictoria y confusa en que se mueve el analista, la única forma de no perder la razón es asegurarse de que todo lo que se presenta en el proceso analítico obedece a una serie de leyes bien establecidas que siempre se cumplen y siguen un modelo, un esquema, que el maestro ha comprobado. Roustang sustenta la hipótesis de que la relación maestro-alumno, acrítica e incondicional, es una forma de defensa para evitar caer en la locura.

Considero que estas páginas sobre algunas de las características de la ciencia psicoanalítica son muy agudas e interesantes y apuntan una hipótesis sugestiva sobre la importancia desmesurada que adquiere el maestro en la transferencia del análisis didáctico; pero también muestra que dicha hipótesis está íntimamente relacionada con un aspecto muy cuestionado de la situación del analizado: permanecer en el diván, asociando libremente mientras el analista escucha a sus espaldas con atención flotante, esperando captar la lógica del inconsciente presente en el discurso concoherente, errático y cambiante del sujeto. Escribe Roustang: "La finalidad del análisis es, igualmente, poder delirar en paz sin la molestia que supone un oído que interpreta . . . De forma menos dramática, la finalidad del psicoanálisis supone dejar libres a los propios fantasmas y deseos, poder decirlos y reconocerlos sin sofocarlos, tal y como desea, por placer, el interlocutor. Histerización, sin duda, pero con la posibilidad de teorizar estos fantasmas y deseos, es decir, de volverlos a tomar en un discurso que utilice verdaderos conceptos" (16).

Aún y cuando no estoy totalmente de acuerdo con la opinión de Roustang, creo que es importante su señalamiento en el sentido de que, a pesar de toda la libertad que debe haber para captar el inconsciente, es necesario un marco teórico que permita hacer inteligible este discurso y llevarlo a un determinado grado de generalidad conceptual, de racionalidad, es decir, a una elaboración científica que de no efectuarse puede hacer que el analista caiga en lo inefable y en la justificación de toda manipulación y oscurantismo. El analista puede no estar consciente de la teoría pero no puede olvidarla y, mucho menos, en la situación transferencial: "El psicoanálisis es posible, escribe Roustang, cuando el psicoanalista ha olvidado la teoría, cuando la teoría se ha dejado, inhibida, en el olvido y puede regresar en el momento de la sesión, ya que *lo que distingue al analista del analizado es que el analista debe teorizar en la transferencia*. Si olvida sus conocimientos, no hay análisis, debe tratar de saber y de teorizar porque sin ello tampoco hay análisis" (17).

No hay duda de que desde sus orígenes, el psicoanálisis presentó características de un movimiento político-religioso (3) y, no obstante, entre los miembros del grupo jamás se mencionó tal hecho, y cuando la mirada fue vuelta hacia el interior del grupo todos los elementos políticos fueron, y aún lo son, interpretados como

relaciones de tipo familiar. Ante esta actitud, uno está tentado a pensar que toda esta interpretación familiarista de la política intrainstitucional quizá ha funcionado como una hipótesis encubridora. En esta situación, el concepto de transferencia, tal y como lo entiende Freud, constituyó, y constituye, un elemento inestimable para ocultar el discurso político, el cual no pierde fuerza, sino que se hace insidioso y destructivo para las relaciones del grupo.

Erich Fromm propone un concepto de transferencia a nivel de psicología profunda, que consideró útil para entender el por qué de la negación de lo político intrainstitucional en los grupos psicoanalíticos. Fromm integró el concepto de alienación propuesto por Marx, y el de transferencia, de Freud, y sugiere que en esta última se distingan dos aspectos fundamentales: uno ligado a lo infantil, el contenido en la transferencia, y otro relacionado con la intensidad del fenómeno, fundamentalmente determinado por la alienación del sujeto (1).

En la transferencia, lo infantil no es para Fromm actuar o repetir experiencias infantiles, sino un comportamiento que semeja o tiene la apariencia de lo infantil, especialmente dentro del concepto vivencial de un individuo adulto (esto hay que entenderlo en relación con el concepto de estructura del carácter, desarrollado por Fromm a partir de los conceptos básicos freudianos). La alienación significa que el individuo no reconoce sus sentimientos ni sus afectos, sino que sufre un extrañamiento de ellos. El proceso alienante se inicia en la infancia y se estructura en la neurosis como parte del carácter. El sujeto se experimenta vacío de una serie de cualidades e intenta sobreponerse a ello proyectándolas en un objeto, al cual se somete en un intento por recuperarlas o tener la ilusión de que las comparte. Este fenómeno no es el resultado de las relaciones con el objeto primario, como parte de la identificación proyectiva de la posición paranoide (Melanie Klein) y, por lo tanto, inherente al desarrollo del sujeto. Para Fromm, esta relación es consecuencia del desarrollo del individuo dentro de un sistema social que tiene entre sus características producir una reificación de toda objetivación humana. La familia no es más que la primera instancia que se encarga de este proceso alienante, insertando al individuo en un orden simbólico y que le modela un carácter esencialmente determinado por las relaciones de producción. Este concepto de alienación en la transferencia está íntimamente vinculado al concepto de fetichización de Marx y, por tanto, de la construcción de ídolos.

Esta necesidad de figuras de autoridad (padre, madre, figuras religiosas, líderes, políticos, maestros, etc.) se relaciona con aspectos profundos de la constitución de la identidad.

En cierto sentido, la mayoría de las instituciones funciona legitimando las actitudes, las habilidades, los valores, etc. que el sujeto necesita para apoyar su identidad. Una de las instituciones más importantes, incluso a veces más que la de la familia, es la educativa, encargada de formar aquel tipo de hombre que la sociedad necesita en la esfera de la producción y la reproducción. Educar y preparar a un hombre para un oficio o profesión es, en cierto modo, modelarlo para uno de

los campos más importantes de la objetivación humana: el trabajo. Una institución psicoanalítica produce un profesional acorde con las necesidades de la estructura social en que se encuentra. El campo del psicoanálisis, y el de la psicología en general, modela un tipo de profesional que presenta entre sus características, la tendencia a adquirir una herramienta teórica que le permite creer que entiende o comprende todo sentimiento si lo pone en un lenguaje "científico". Ya en 1935, Theodor Reik había criticado esta tendencia en el psicoanálisis, de la cual había dicho: "En la práctica, cuanto más pienso en la teoría analítica que me es familiar, más descontento me siento; me es necesario el caos de los procesos psíquicos vivos para encontrar mi camino . . . En el análisis de hoy es frecuente que la denominación preceda de lejos al *Erlebnis* (vivencia), cuya llegada espera por mucho tiempo el paciente, si es que llega. En cierta medida, la denominación debe ser el signo de que la experiencia psíquica llega a ser denominada; en cierta forma, debe ser su epitafio . . . Se trata del refugio de la terminología, que es la forma de pensamiento más descolorida y más alejada de la realidad. En esta ocasión no ocultaré que de todas las conquistas del psicoanálisis, la terminología es para mí la de menos valor" (7).

Hermosas reflexiones de Reik que tienen también su peligro; caer en el oscurantismo y en el anti-intelectualismo, y sostener la captación intuitiva inmediata, espontánea, de los conflictos más profundos del alma humana en el proceso psicoanalítico.

Pero, volviendo al terreno que nos interesa —el de la alienación en la transferencia— es un hecho común que la mayoría de los individuos experimenta una separación entre la política y su vida cotidiana. La política es vivida como un espacio aparte, que debe estudiarse y manejarse por expertos e instituciones especiales. La actividad política aparece alienada. Toda ins-

titución muestra esa tendencia en su interior; unos estudian, trabajan o investigan, y otros hacen la política. En el caso del psicoanálisis, desde sus orígenes se presenta como una institución al margen de la política social, llegando, incluso, a prohibirse la actividad política del analista y del analizando durante el ascenso del fascismo de la Alemania de 1930 (4). La mayoría de los psicoanalistas considera al psicoanálisis al margen de la ética y de la política, basándose en que ellos trabajan con el inconsciente, cuyo contenido y cuya lógica nada tienen que ver con las condiciones sociales e históricas concretas.

Una de las consecuencias de esta posición es que cuando lo político —en cualquier forma— se presenta dentro de su propio espacio, no es captado, sino que es negado. Lo político se expresa entonces como inconsciente que mueve y distorsiona las relaciones de todos los miembros del grupo de psicoanalistas. Con frecuencia, el analista sabe que se trata de política institucional; entonces lo acepta como un secreto y adopta una actitud moralista. De esta manera condena una actividad legítima de la institución, que ha de presentarse como una actividad soterrada y clandestina, cuyas más insidiosas y destructivas consecuencias se observan en el análisis didáctico. Maestro y alumno caen en manipulaciones mutuas, sólo explicable dentro de la política institucional. En estos casos, la transferencia, mezclada con intereses políticos institucionales de analista y analizando, se calla, y si alguno de los dos menciona lo político, es para descalificarlo, etiquetándolo como indiscreción, chisme, deslealtad. Lo trágico de todo esto es que una colectividad científica que intenta trabajar, estudiar, investigar, etc. se ve alienada en aspectos especiales que influyen en todas estas áreas de su actividad. La única forma de evitar todo esto, es que a lo político se le reconozca como tal y legítimo, y que se aborde como lo que es dentro del análisis didáctico.

BIBLIOGRAFIA

1. FROMM E: *Beyond The Chains of Illusion*. Simon and Schuster, Nueva York, 51-52, 1962.
2. FROMM E Y COLS: *La Familia*. Editorial Península. Madrid 217, 1972.
3. FROMM E: *La Misión de Sigmund Freud. Su Personalidad e Influencia*. F.C.E., 7a. Reimpresión, México 1980.
4. LANGER M: *Psicoanálisis y/o Revolución Social*. Cuestionamos I. Granica Editor, 257, Buenos Aires, 1971.
5. LAPLANCHE J., PONTALIS J B: *Diccionario de Psicoanálisis*. Editorial Labor 459-466, 1971.
6. Op. cit. pag. 463.
7. REIK T: El Paciente Desconocido (1935). *Estudios Freudianos No. 1, 2*. Del lado del psicoanalista. Ediciones Corregidor 12. Buenos Aires 1974.
8. ROUSTANG F: *Un Funesto Destino*. Prenmiá Editora. México 1980, pag. 87.
9. Op. cit: *Un Funesto Destino* pag. 91.
10. Op. cit: *Un Funesto Destino* pag. 90.
11. Op. cit: *Un Funesto Destino* pag. 89.
12. Op. cit: *Un Funesto Destino* pag. 91.
13. Op. cit: *Un Funesto Destino* pag. 97.
14. Op. cit: *Un Funesto Destino* pag. 98.
15. Op. cit: *Un Funesto Destino* pag. 44.
16. Op. cit: *Un Funesto Destino* pag. 65.
17. Op. cit: *Un Funesto Destino* pag. 79.